

# Los hijos son “lo segundo”

Parece una afirmación irresponsable, ¿verdad? ¡Vaya padre debe ser quien afirme que los hijos son los segundos y que antepone a algo o a alguien a sus propios hijos!

**e**n los tiempos en que vivimos, cualquier afirmación categórica como la que titula este artículo, es denostada por dogmática. Impera la ley “Campoamor” que sostiene que el nuestro es un mundo traidor, en el que nada es verdad ni mentira y que todo es según el color del cristal con que se mira. Lógicamente, partiendo de la premisa del relativismo elevado a lo absoluto y la arbitrariedad, para el poeta y sus seguidores, el mundo es traidor.

Me atrevo a sostener, sin embargo, que estoy en lo cierto cuando pongo por título que los hijos son lo segundo; más aun, que no caben subjetivismos, ni cristales, ni colores para defender esta evidencia. Llevo 17 años de vida matrimonial y ésta se sustenta sobre la certeza de que los hijos son “lo segundo”. Abundan hoy día los casos contrarios, es decir, los que, con recta intención y buena voluntad, afirman que los hijos son lo primero, que ellos son los reyes de la casa, los más importantes y, a veces, por desgracia, los únicos.

Los que así piensan, viven exclusivamente en función de sus hijos. Esta actitud, que aparentemente parece virtuosa por lo abnegada, sin embargo, no resulta la más favorable para el desarrollo de la vida familiar; mi experiencia, al menos, me lleva a concluir que seduzco a mi mujer en la medida que me desvivo por mis hijos y que enamoro a mis hijos en la medida que antepongo a su madre a ellos mismos.

Hacer familia es maravilloso pero corremos el riesgo de deshacerla si no consolidamos uno de los puntales que la sostiene. Los hijos no son columnas; los esposos sí sustentan el edificio común.

Con este convencimiento, mi esposa y yo hemos buscado todos estos años, nuestros tiempos y nuestros espacios propios. Nuestros hijos, lejos de ver estas distancias como desamor hacia ellos, las contemplan con alegría y emoción.

Intentamos, al menos, dedicarnos una tarde de paseo o de cine al mes; una noche de helados, de palomitas o de tapas. Qué hacer o dónde ir, es lo menos



importante; se trata de actualizar nuestro noviazgo y conceder frescura al paso del tiempo; de “odiar” por unas horas a nuestros propios hijos; a ellos, que son precisamente lo que más amamos.

Lo cierto es que no es nada sencillo encontrar estos momentos porque, con tantos hijos en casa, el tiempo libre es bien escaso. Y, a veces, hasta faltan las ganas y el cuerpo pide descanso en vez de fiesta. Sin embargo, nuestros hijos observan con admiración cómo nos acicalamos y preparamos con esmero nuestra cita del mes.

A nuestra vuelta, les encanta preguntarnos por lo que hemos hecho, qué hemos cenado, cómo era el restaurante, el paseo, la película... Y vemos en sus ojos alegría, seguridad, complicidad: ¡Deben pasarlo muy bien los dos juntos para dejarnos por unas horas todos los meses!

Y sin necesidad de hablar, ellos también deducen una máxima de vida: *papá y mamá nos quieren, mucho más de lo que jamás podríamos imaginar; pero ese amor resulta tanto más auténtico, tanto más sincero, en cuanto que es preservado, en cuanto que es cultivado. Ese amor originario en virtud del cual un día recibimos nosotros la vida.*

**Raúl GAVÍN**  
Padre de 8 hijos  
gavinraul@gmail.com

